

LEONA

LEONA

LEYENDA

POR

ANSELMO ALFARO

MEXICO

IMPRESA DE "LA COLONIA ESPAÑOLA," DE A. LLANOS,
Calle de Santa Isabel.

—
1876

PROLOGO.

ALGUNOS van á hojear esta leyenda que entra desde el instante de su publicidad, al dominio de la crítica. Ya sé que muchos de ellos la van á acusar de romántica y los menos exigentes á tacharla de inverosímil.

Su autor saca á luz por la primera vez una de sus obras de este género, no tiene la pretension de ser un escritor notable, ni yo puedo decir nada sobre su mérito, puesto que el cariño que le profeso me obliga en este respecto á no herir su modestia con un elogio ni á lastimar su sensibilidad con una censura.

Sé que estas páginas han sido dictadas por el sentimiento y que para escribirlas no se ha consultado mas libro que el corazon.

Leona es un tipo raro, pero no imposible en nuestra época de materialismo y de decepcion. El, es un hombre que no pudiendo sostener esa lucha terrible de la pasion y el pensamiento, ama con la fiebre de la juventud, sueña con el ardor del poeta y cuando en medio de ese Océano de ensueños llega á la playa estéril de la realidad, ódia las mezquindades de la vida, se espanta de las pequeñeces humanas y sufre uno de esos vértigos de amargura que tienen un desolace siniestro.

El autor de Leona ha probado una vez mas con las reflexiones que llenan estas páginas que pertenece á ese grupo de idealistas, que marchan sobre la tierra buscando algo más allá de ese horizonte estrecho que conforma á los seres vulgares.

Nada hace una revelacion mas clara de los sentimientos íntimos de un hombre, como un libro en que trate de hablar sobre las pasiones de

alma. ¡En esta leyenda hay ternura, sentimiento y amor! Me he convencido al leerla de que aun no se pierde el afán de engrandecer á una mujer apasionada; haciéndola simpática y grande, digna y resignada.

Yo he visto al autor de estas páginas desde los primeros años de su vida, hemos sido compañeros en la infancia y hemos confraternizado en la juventud. Al darse á publicidad una obra suya ha querido que nuestros nombres vayan muy cerca uno de otro, y esto me ha impulsado á escribir estas líneas. Puede haber en Leona, defectos en el estilo y en la narracion, pero á otros y nunca á mí, toque la mision desagradable de señalarlos.

Conozco mas de un crítico que ha señalado como malas, obras que él nunca habria escrito, apesar de su estudio y de sus conocimientos literarios.

Para leer obras como Leona, se necesita estar bajo el influjo de una pasion; amar la poesía; sentir que hay en los goces del amor puro, algo de los mágicos sueños del cielo, é identificarse

con esas almas que sucumben al peso de una gran desgracia y que hasta en medio del martirio han tenido la vista fija en el infinito

Los que sientan esas inefables delicias, los que crean y amen, lean estas hojas, que han sido escritas para ellos.

Los que se inclinen á ese abismo donde sopla rebramando el huracan de las decepciones; hallarán un tipo querido en el amante de Leona. Nosotros no condenamos á este amante porque sabemos que para las almas gastadas, para los corazones carcomidos, hay una compañera: *la tristeza*, y una voluptuosidad: el *sepulcro*.

A los que crean que estas escenas son inverosímiles y necias, yo les diré: no juzgueis el libro.
Vide cor tuum!

JUAN DE D. PEZA.

LEONA

I

Dulce y apacible, con mirar de ángel, con sonrisas de cielo, con hablar de música divina: cuanto es bello el infinito de la dicha, cuanto es de tierno el cielo que nos sonríe en la felicidad; cuanto es bella la naturaleza, y esta en una mujer, con todos sus encantos, con toda su poesía, con toda su vida: tanto era bella Leona, tantos dones preciosos, tanta joya brillante y valiosa adornaban su existencia.

Como una bella reina en medio del mundo y de la sociedad luce entre todos, por su hermosura, por su majestad, por su poder, por su riqueza; así Leona brillaba entre el lodazal del mundo.

Leona era bella, bella como la mañana primaveral.

Amaba, amaba mucho, con toda la belleza de su alma, con todo el esplendor de su riqueza moral, con todo el ardor de su corazón de fuego.

Amaba, y no era amada, sufría . . . sufría con todo el poder que tiene el dolor, en las almas bellas y en los corazones tiernos.

Sin embargo, era feliz; amando como amaba, la imagen de su bien, la traía grabada con caracteres de fuego en su alma: el ardor de aquella pasión desgraciada la consolaba con lágrimas y la mitigaba con oraciones.

Lloraba mucho y tanto . . . que sus hermosos ojos desfallecían; como la violeta que vence el peso del rocío, había vencido el llanto sus párpados.

Y sus ojos así, eran bellos, como es bella la violeta que cae tristemente al suelo, derramando las gotas que la vencen.

Las lágrimas la consolaban, la oración la esperanzaba.

¿Quién que sufre como Leona, no llora para consolarse, no reza para esperanzarse? . . .

El amor del mundo es el llanto.

El amor del cielo es la oración.

Amar á la vez el mundo, sintiendo en el alma la felicidad del que hay en el cielo; amar y

no ser amado aquí; amar y ser amado por el cielo, es estar en la tierra y vivir allá.

Por eso aun cuando Leona sufriera y amara mucho al hombre que la olvidaba; ella en el éxtasis de su oracion pedia por él, en el raudal de sus lágrimas le daba su amor y lo perdonaba.

Y gozaba entónces, no con el goce mundanal de almas serviles, no; con el goce divino, bálsamo encantado que abriga á las almas en el infortunio, con aquel goce que habla de Dios porque se siente cerca; que habla de cielo porque se habita en él; que habla de amor, porque se pierde uno, el finito, para ganar otro: el infinito.

Leona amando como amaba, sufria y perdonaba, gozaba y amaba más.

II

El, la amó.... despues, la olvidó: ó tal vez fingió amarla y aceptó fácilmente el olvido.

Y sin embargo de que no habia en su alma, el eco dulce del amor..... sin embargo, aquellas lágrimas le podian!

El, no la amaba, sufría, su semblante se demudaba á la vista de ella.

Habia algo, algo terrible en el fondo de su alma que se revelaba en su semblante, cuando alguna vez la veía.

El alma es un lago, en el fondo se agitan infinitad de materias sucias, está tranquilo mientras no hay una mano que las remueva.

Removidas estas, el agua se enturbia, la calma de aquel lago se desvanece y se agitan en su seno, multitud de gusanos.

De aquel espíritu en calma, ella, con su presencia dulce, removía su fondo, á la superficie salía el lodo, y el *hombre* se demudaba, el semblante tranquilo se le oscurecía, la negra suciedad del olvido, aparecía.

Y al recuerdo de ella, él, siempre pensaba triste por no poder amarla.

En el cielo mas azul, hay nubes que pasan.

En el alma mas tranquila, hay recuerdos que inquietan.

En el cielo de su vida, en el mas sereno; ella..... siempre ella como una sombra; como una nube negra pasaba, enturbiando con su recuerdo la serenidad.

El, sufría y no amaba; era desgraciado, desgraciado como el esclavo que arrastra la cadena, desgraciado como el viajero que muere en medio al desierto, sin pan, sin choza, sin amor.

El recuerdo de tantas lágrimas por su mal vertidas, formaban en su conciencia un nubló y en su porvenir una negra sombra.

El recuerdo de haberla engañado, era su infierno, y encadenando su vida en el dolor, no amaba á la mujer, porque un mundo de dolores lo sujetaba.

A tanto sufrir no lloraba, sus sufrimientos no eran para llorar; se desesperaba y blasfemaba.

Hay lágrimas y dolores que son oraciones, y otras blasfemias.

No siempre el llanto consuela, no siempre es el sufrimiento el que las hace brotar.

Quería amarla para dejar de sufrir, quería volver á su seno y fingirla; su sufrimiento lo desesperaba, á ella en cambio el suyo la hacia gozar.

En ella la abnegacion era un placer, el amor un mundo abierto de esperanzas.

En él, el sufrimiento era la desesperacion; aquel amor triste y melancólico de la mujer que amó, lejos de hacerle conocer el cielo, le procuraba el infierno.

Quería amarla: su razon le ayudaba; su corazón se oponía.

Y en esa lucha, lucha entre dos titanes, entre el pensamiento y el sentimiento: él, como el medio de aquella accion, sufría los acontecimientos y se despedazaba.

Ella ante un altar entretanto, con el alma siempre para él, pero en Dios, rogaba y lloraba y mucho, mucho lo amaba.

III

Pasaban tristes y silenciosos los días trayendo en cada uno de ellos, un raudal de lágrimas para Leona y un mundo de remordimientos para él.

Tanto se entristece diariamente, tanto la imagen de ella viene á tocarle el sentimiento mas delicado, tanto la ve llorar, que se acostumbra al sufrimiento y hace de él, una vida llena de poesía.

El sufrimiento, decía á veces, ennoblece, si ella sufre y llora por mi amor, yo me despedazo y me hiero á cada paso el corazón al recordarla así.

Si no puedo amarla, ¿podré darle felicidad?....

Si de nuevo la finjo amor, si no va acorde con el latido de mi corazon.... ¿podré ser feliz?....

Alma mia!.... huye, disipa las nieblas que hoy te oscurecen, busca la muerte para el cuerpo y parte....

Así llorando unas veces, otras pensando y atravesando con el pensamiento los mundos mas ilusorios que un corazon amante y jóven procura, solía hacer reflexiones, cuyo peso y verdad, le procuraban un consuelo y le prestaban ánimo.

No amaba porque no sentia al amor, llevarlo y elevarlo; porque aquel corazon gastado por no sé qué terribles desengaños, le hacian ser noble la primera vez de su vida, y preferia hacer sufrir á la mujer, con la realidad de una ilusion, que el hacerla gozar con el vaporoso velo de un amor fingido, destrozándola quizá mas y mas, cuando ella al fin, penetrando el alma, comprendiera que ese amor era engañador.

Nobleza la suya que prefería sufrir y hacer sufrir, que engañar y ser engañado el mismo.

¿Qué habia en esa alma muerta para el amor, y sin idea siquiera del sentimiento?

¿Qué habia en ese fondo oscuro, en ese cora-

zon gastado, en ese ser extraño que, no amaba á la mujer mas hermosa y mas tierna?

Habia amor, no á la mujer, no á la forma que la revestia, habia un secreto movimiento que le hacia ver mucho mas bella á esa mujer, llorando y sufriendo por el amor.

IV

Era la media noche.

Silencioso paseaba por la calle de un magnífico jardín.

Los árboles al soplo de la brisa, movían sus hojas, produciendo en su choque un constante y triste suspiro, el agua de la fuente cayendo sin cesar era un murmullo melancólico, era una constante queja.

Nada más se oía, era un silencio aterrador; mas; ay! para el pecho atormentado cuánto decía esta soledad!

Al través del verde follaje de los árboles, se traslucía la magnífica luz de la luna que, con una melancolía propia del fulgor de un astro brillando en la extensidad del infinito callado,

venia suavemente á herir con sus rayos el corazón aflijido.

Dios! . . . Dios! . . . sus labios movidos por un resorte imperioso, exclamaban: Dios está aquí, la soledad me llama á su seno, él es quien me guía á estas horas y á este lugar para conocerlo, ya que tanto lo he desconocido.

Repentinamente se paraba, alzaba la cabeza y sus ojos permanecían estáticos, mirando tras las hojas perderse y volver á aparecer en los claros, á la luna que callada y misteriosa, le vá mandando sus rayos indecisos, sus rayos claros, sus rayos poetizados por la armonía del conjunto de ese jardín.

Mundo cruel! . . . vé á penetrar á ese corazón, busca sociedad impía en el fondo de esa alma, que no ama á la mujer que lo ama, lo que hay, lo que guarda, lo que siente.

No encuentras ni puedes buscar, mira: el silencio y la pavora en su redor; el infinito ante sus ojos, la naturaleza á su contemplación, Dios en toda su alma . . . su alma en todo el Dios.

V

Leona lloraba y rezaba.

Habia hecho de sus lágrimas un culto y de sus plegarias un conjunto de sentimientos nobles, que la hacían esperar una vida tranquila y feliz.

Dos almas eran que pasaban el sendero de la vida, sin consolarse, sin ayudarse, sin comprenderse.

Ella era para él. . . . él, era para la naturaleza, era para la armonía de la vida; él, era poeta y por consiguiente extraño en esta vida y desconocido.

La había amado; como amara un día, la flor que cae y rueda por el suelo, como amara una violeta que perfumara su aliento un instante, al agua que lo bañara en la ribera del río, al cielo que mirara sonriente su dicha, al aire que lo re-

frescara, al árbol que le prestara sombra, á la música que lo enagenara y al licor que lo embriagara dulcemente.

Sí; él la había amado como parte de la naturaleza que sentía bullir y agitarse en su alma, que sentía en el infinito y que adoraba en el universo.

Poeta, amaba solo al ver y encontrar en el objeto, la armonía que sonaba constantemente en su alma.

La mujer fué una reunion de sentimientos bellos; amó á la mujer por conocerla y por tener del sentimiento la verdadera impresion, la mas dulce, la mas sonriente, la única que en la vida pudiera llamarse felicidad.

Ella, en cambio, lo lloraba, él la había hecho con sus cantos, conocer el mundo, y despues de conocido la llevó á su mansion, la hizo vagar por el infinito, la hizo grande como él, la bañó con luz y la adormeció con música: en el sueño de su fantasía la adoró, despierto la olvidó.

VI

En tanto que el amor en ella procuraba la esperanza; en él hacia impresiones terribles; producía sentimientos crueles y pensamientos tristes.

La vida se decía á sí mismo, la vida no me procura todo el placer que ambiciona mi alma, yo no soy feliz sino es en el inmenso campo que se me ofrece en el infinito: pobre Leona, amarme, es amar en mí un imposible, puesto que soy en la vida real un imposible; siento agitarse en mí al amor, pero ese amor es inmenso, es grande, no es el de una criatura, ni mucho menos solo para ella.

Leona me ama, llora sin cesar por mí y por

mi desventura; en su alma angelical ha germinado la idea de conocer el amor bajo todos sus prismas encantados y bajo todos los dolores reales que tiene.

El amor de ella no es para mí, es para otro mundo, es para otro cielo y para otro ser.

Yo no la amo y sin embargo sus lágrimas, me hacen sentir inexplicables torturas y distintos sentimientos.

Amo sus lágrimas, amo sus plegarias, y en el fondo de mi alma no siento aun cuando rebusque, amor para ella.

Llora, y es su llanto para mí un eco que me embriaga, un aliento que me revive, y una vaguedad desde luego me adormece para hacerme ver no sé qué mundos de idealismo y de poesía.

Quizá no sería tan sublime su amor desgraciado, si no lo acompañara el llanto y lo protegiera la oracion.

Yo no quiero vivir mas en el mundo, la idea de hacerla daño me consume, el sentimiento de no poder amarla me destroza, y el recuerdo, el recuerdo de haberla engañado burlando su fé, destrozando su alma, me consume, matando poco á poco mi existencia.

El suicidio! . . . oh, Dios mio, mi cerebro se enloquece; perdóname Leona! . . . y tú, Señor, quítame la vida ántes que ir á pedir al crimen su auxilio.

VII

Pobre, con triste soledad á su alrededor, con tantos recuerdos de su vida, hablándole á su conciencia, sin fé, sin amor, sin ilusiones en el mundo; aquella mujer triste, diciéndole con sus lágrimas perjuro: envolvian su ser, lo enloquecian y la fria mano del suicida le ofrecia para tanto dolor, el alivio en una copa de veneno.

Y él anhelante, sin sentir ni la fuerza de ese iman que atrae al que sufre, sin pensar en el crimen; se acercaba de dia en dia á la copa, para beber su mentida esperanza.

El primer paso estaba dado, habia perdido el corazon y se acercaba extendiendo el brazo para tomarla, el olor de aquel bebedizo lo embriaga; en la embriaguez, en esa locura en la que se pierde todo el sentimiento, dejando el hombre

de ser noble, dejando de aspirar esa vida suprema, convirtiéndose en un esclavo vil de su miseria, fingia en su mente delicias grandiosas, que creia encontrar en la muerte: ora se creia muerto, rodeando su cadáver amigos de su niñez y admiradores de su talento, todos llorando en su muerte al amigo tierno y al poeta sentido: ora se veia en el sepulcro que cuidaba siempre una mujer pálida y llorosa, regando con sus lágrimas las violetas que amorosa plantó en torno, como una prueba de su puro amor.

La idea de ser feliz, aun cuando sea en otra vida, atrae al suicidio que es la manera mas pronta de serlo.

Ella llora en mi vida, llorará en mi tumba con el placer que pueda sentir el alma enamorada, el alma buena; cuando piensa que el espíritu que voló, solo debe vivir para el amor.

VIII

Mientras que en su mente ardía esta terrible y espantosa idea, buscaba en el verdadero amigo del triste su consuelo.

Los libros le endulzaban su existencia, engrandeciendo su espíritu.

En distintos autores buscaba la aprobación de su idea y todos ellos la reprobaban.

Los más queridos de él, aquellos que habían dándole fuego para amar, sentimientos nobles para creer, ciencia para conocer; los encontraba necios porque en esa locura ya en su cerebro fijada no iban acordes; siendo así que en todo lo demás, los pensamientos y sentimientos suyos eran los de él.

Aquello que, como los libros fueron en un

tiempo su vida por decirlo así, ahora se le habían tornado en terribles enemigos.

Su dedicacion fué escribir y escribir mucho; en cada frase, en cada verso, expresaba su alma, ó un dolor profundo que solo en la muerte buscaba alivio, ó una ira mal reprimida que lanzaba audaz á la sociedad y al mundo en que vivia.

La fatal y criminal idea, tomaba proporciones gigantescas; era ya un delirio, una fiebre que le procuraba el estúpido letargo de un febricitante, la loca manía de mirar á la muerte como el término á sus males y á sus desesperados dolores.

Inocente Leona! son sus lágrimas el pretesto, son las que procuran la muerte del ser mas querido en la vida.

Lágrimas tiernas, lágrimas tristes y preciosas vertidas por el ángel que alguna vez de la vida alumbró con sus miradas el porvenir del hombre, prestando ánimo y dando vida con sus sonrisas y su amor, á la desfalleciente del que hoy la desconoce; lágrimas silenciosas que ella apuraba en la soledad, ofreciéndolas con esperanza, por el desgraciado amor que en su pecho germinaba; que en su vida le procuraba tanto sufrimiento.

¡Cuántas penas en vano ofrecidas, cuanta ab-

negacion al sufrimiento mas cruel, en vano abrigado y soportado, por el amor de él, por su felicidad!

Lejos estaba de que aquella indiferencia, aquella frialdad, aquel sarcasmo, fuera en él, la íntima resolucion abrigada y acogida en su pensamiento, para dejar de existir sin decirle adios ni á la vida que ella creia engalanar con tanto amor.

IX

Eran las once de una mañana bella y encantadora, el ambiente fresco, el azul del cielo, la armonía toda en la naturaleza, ofrecían un día risueño, día de felicidad y de recuerdos bellos para él.

Días como este, son para el alma triste que ha sido feliz, un infinito recuerdo de pasión; un día que pasó, engalanado, por las miradas de una mujer que embriaga y entusiasma; por los tiernos coloquios de amor brotados del fondo del alma, como cristalinas emanaciones de una fuente, que derrama sus aguas puras sobre el césped florido de una pradera.

Recordar en un día así, la felicidad tenida entre dos almas que se estrechan por el amor; recordar que el mismo cielo azul, que ese infinito

contempló alguna vez la dicha, recogió bajo sus bóvedas mil frases de ternura, mil besos de pasión; y que despues en un momento de duda, de incredulidad, todo ese cielo de amor, toda esa música siempre vibrante y dulce, toda esa felicidad, se desvanece, eclipsándose el sol de ventura que alumbró al encanto: recordarlo, y recordarlo cuando se está triste, cuando el corazón no late por el amor, cuando aquello que embriagó y fué placer, causa hoy hastío; cuando arde en la mente una idea terrible y criminal; en vez de arder en el corazón una pasión: recordar haber engañado á la mujer, que esta es desgraciada, que llora, y manda sus lágrimas y sus plegarias á Dios, por aquel que tanto la hace padecer: tener todo este mundo de recuerdos sentimiento, sin fé en el alma, bajo el mismo cielo de aspecto encantador, delante de los mismos árboles, en la misma pradera, en el lugar mismo. . . .

Ah! cuánto viene á decir en la vida de un ser que quiere culparla y mancharla con el crimen.

El lo pensaba, al sentir la influencia poderosa de aquel recuerdo, mas en su pobre y débil alma, alzábase poderosa y atractiva, la nefanda imágen del suicidio.

Humanidad! humanidad! ese ser te pertenc

tú lo haces vivir en tu seno, tú, empero, no has conocido lo que en su alma se agita.

Va á pasar de tu seno que, el cree encontrar siempre cruel, al seno de la paz que el cree encontrar en la muerte.

Y no en esa muerte que viene lentamente, anunciándose en la vida con caracteres, no en esa muerte que se espera tranquila y que lejos de ser terrible, es grata, no; en la muerte criminal, terrible desesperacion de una alma que, es poca para soportar la carga del mundo, en esa muerte que hiere á la sociedad, con el mismo cuchillo que mato á un ser de ella.

Esa muerte es cruel, espantosa, criminal!

Así lo pensaba él, y sin embargo en la lucha que mantenía, dos sombras se le presentaban; delirios insanos de una alma sin creencias, ni amor verdadero.

La primera era el dolor amargo, revestido con todas las congojas, con todos los sufrimientos, con todas las dudas; sin fé, sin creencias, sin porvenir; esta le ofrecía la vida.

La segunda era el consuelo, el término á tanto mal y á tanto engaño, revestida con voluptuosas ideas para otra vida, y señalando una sepultura para encontrarla; sepultura cabada por

la propia mano, y cubierta despues con el crimen; esta sombra estaba al lado de la vida.

Ambas le ofrecian su seno; la primera empero luchaba, y en medio á tanto sacrificio y dolor, lo ofrecia los laureles de la gloria y la inmortalidad de la memoria.

Mucho vacilaba, en esa muerte veia un crimen que nunca el hombre pagará; pero loco, triste y desesperado y ageno ya á todo sentimiento, puesto que lo perdia para sí mismo; le sonreia á la sombra de la muerte y alargaba la mano hácia la copa.

X

Así se paseaba meditabundo, pálido y triste, por la pradera que en épocas mas felices, le habia sonrido con mas encanto.

Era primavera y primavera fué, cuando al lado de la mujer que hoy gime y se atormenta en la soledad, se mirara dichoso á su lado, creyendo en el porvenir, pensando feliz que así debería ser toda su peregrinacion en el mundo.

Los árboles eran los mismos, la vegetacion igual y tan frondosa y bella á la de un año antes.

¡Quién sabe si los mismos pájaros que con sus cantos alegraban las entrevistas amorosas, hoy en las enramadas cantaban los dolores de esas dos almas!

¡Quién sabe si esa misma quejumbrosa paloma que, llorara en un dia feliz, la dicha de dos

almas y la desgracia de ella; hoy lloré triste, mucho mas triste, por sus hijos, por su nido y por aquellos amantes felices que, llenos de amor y de entusiasmo, venian al bosque á escuchar sus lamentos y á compadecerla!

Y siendo todo igual, todo tan bello, él, triste y abatido, todo lo miraba triste como su alma.

Hacia esfuerzos por verlo bello, en la lucha acaso lo conquistaba, mas en la contemplacion de la naturaleza, cuando mas enagenado estaba, oia de impreviso el gemido de una mujer, y volviendo en sí horrorizado, cruzaba por su vista, silenciosa, blanca y pálida, extenuada y triste la mujer que engañó y que tanto lo ama; sus lágrimas aún pendientes de sus rizadas pestañas, plegados sus labios, sus blondos cabellos al aire abandonados y su cintura lánguida y gentil descompuesta y vacilante.

Cruzaba, cruzaba rápidamente y ni amor ni compasion para ella; pero ternura y gratitud por sus lágrimas y su dolor.

Estaba solo en medio á tanta magnificencia.

Exhaló un grito, y como la exclamacion mas dolorosa, mas profunda de su alma, fué repitiéndose de árbol en árbol, de hoja en hoja, para perderse despues en el espacio: las mismas fuentes que murmuraban suavemente derraman

do el agua con un sonido musical, parecieron agitarse y derramar el agua con un sonido ronco y espantoso, formando en la corriente extrepitosa, montañas de espuma, negra como la cólera hirviente que la producía.

Tímidos los pájaros dejaron de cantar, triste la paloma dejó de gemir. . . . triste el alma de aquel hombre quizo hablar una última vez.†

XI

Leona, la infeliz mujer, ese ángel de ternura que mira en sus lágrimas que ruedan y caen sin cesar, rodar su felicidad, huir su ventura; aquella estrella alguna vez serena en el cielo de un hombre, eclipsada hoy por la negra nube del olvido; se entretenía afanosa en cuidar las rosas de un jardín.

Flores bellas que la mano de su amante regó y cultivó, flores para ella mucho mas queridas, que otras quizá mas bellas que tuviera en su jardín.

La mujer que ama, al ver en tropel desgarrarse y perderse sus mas bellas ilusiones, al ver que el corazón que ambiciona lo pierde; si de aquel que ama y pierde conserva un recuerdo, hace

de este un ser, y lo ama y lo venera como al mismo hombre.

El, en sus fantasías, en su poética imaginacion solo habia pensado darla flores como un recuerdo noble de sus amores.

La mujer y la flor son semejantes; la mujer ama á la flor porque se adorna con la belleza de ella, y perfuma su aliento con su perfume, porque aspira en su esencia, la esquisita y pura que en su alma guarda para el amor.

La flor ama á la mujer porque va al tocado de una hermosa á prenderse para ostentar su belleza, porque va por donde sigue ella, dejando una huella de perfumes suaves que la hacen codiciosa.

Una mujer sin flores no vive contenta; una flor sin el cuidado de la mujer se marchita pronto.

Y si las flores que están amadas por la mujer, las da una mano carifosa, las ofrece el corazón de un hombre amado y enamorado; entónces esas flores aparecen mas bellas y se las cuida con mas afán y se las quiere con mas ternura.

Por eso Leona cuidaba de otras aun mas bellas, muy poco, pero se recreaba contemplando las que él, jurándola amor la ofreció y ayudó á cultivar.

En las mañanas, llorosa aún, pálida y con la oracion pendiente todavía de sus labios, corria presurosa al jardin.

Las gotas de su llanto las confundia con las gotas de rocío que temblando estaban en los pétalos de las flores.

Las palabras de su oracion, las mezclaba con el perfume de las flores.

Aquellas rosas como si entendieran, cuanto esas lágrimas eran preciosas, cuanto esa oracion era sublime; se agitaban en sus tallos mecidas por a brisa suave de la mañana, y columpiándose, tiernas acariciaban el semblante de Leona que, estática y sonriente, con los ojos fijos miraba al cielo, como si viera subir á él, evaporadas en nubes blancas sus lágrimas y el rocío, confundidas sus oraciones y el perfume.

XII

Así escribió él, llenando con sus últimas lágrimas el papel y vaciando su corazón.

Última agonía, dolor inmenso resumido en pocas palabras y explicado en un momento.

“Leona, mujer sublime, ángel que cruzaste el espacio de mi vida, adiós! . . . sí, adiós, te digo desde el mismo vergel que viera mi dicha y que hoy contempla mi desgracia.

“Yo te amé. . . tú aún me amas, aún arde en tu corazón la llama intensa del primer amor. . . yo te olvidé, de aquella pasión solo le queda a mi pecho, el recuerdo bello de haberte amado.

“No me culpes, Leona, no dejes de amar al desgraciado, al ver en sus últimas líneas todo el amor que por tí guardó, apurado en una copa

de veneno; piénsalo y medítalo: no hay corazón que viva sin amor y cuando en este mundo no se encuentra, se busca en otro.

“Muero triste, muero quitándote una esperanza; pobre de mí, perdóname, Leona, Leona bella y sublime.

“Llora y reza por mí, soy desgraciado y el desgraciado como yo, necesita lágrimas y plegarias de una mujer como tú.

“El mundo nada sabrá! . . . el mundo, Leona, me desprecia . . . que sé yo, si te odiará despues de mi muerte!

“Inocente! ni tus puras lágrimas, ni tu ardiente amor me han convencido; soy miserable, mi pobre Leona! . . . pero cálmate, mi vida fué feliz a tu lado, mi vida realizó en tí la mas alta aspiracion; al olvidarte y perderte entre las sombras de dolor que en mi cerebro se agitan, perdí todo, perdí la vida, perdí la religion y las creencias.

“Ahora la busco lejos; no dejes de llorar, pues hay llantos que son luces divinas que guian al perdido caminante, quizá en la negra region de lo desconocido, tus puras y tristes lágrimas me enseñarán el camino y me conducirán á la paz que anhelo; y quien sabe, si despues de mucho tiempo, despues de muchos sufrimientos, de mu-

chas lágrimas por tu alma adolorida vertidas, despues de amarme mucho. . . . allá, allá muy lejos de aquí nos encontraremos y te amaré con todo el corazon!

“Perdóname, Leona, perdona al mendigo que te pidió y despues desconoció tu socorro, perdóname mujer, perdona que del salon faustoso del mundo, me retire sin tu conocimiento y te dé mi adios tan frio. . . . frio es, mas es necesario!

“Qué quieres! no puedo consolarte, ni mucho menos lucir como otras veces, como joya preciosa engastada entre el oro de tu inocencia y de tu virtud; pienso que la muerte me desmonta, para engastarme en la negra montadura de la eternidad! y sólo allí, sí, mi dolor encontrará alivio, solo allí mi ser descansará. . . . Para qué vivo?

“Adios sueño de mi fantasía, adios amor desgraciado, Leona bella y apasionada, adios vida feliz que pasó agitándose y despues se perdió en el abismo de la nada. Te amé, nunca lo olvides, sí, pero nunca recuerdes que te olvidé ingrato; todo ese olvido fué que el mundo me engañó y yo me engañé con la pasion.

“No dejes de llorar, será quizá por ahora tu único consuelo, me alumbra la esperanza que en tu dolor inmenso, en tu amor sublime, puede

venir el consuelo y el olvido, y una vez por tí olvidado, no sufrirás ya mas.

Adios por última vez, dulce é inocente Leona, perdona mi miseria y ruega por mí; llora ángel de amor, si no me olvidas; olvídame si dejas de amarme, pero perdóname si me olvidas."

XIII

Ultima gota de su llanto, última resolución al sufrimiento; todo acabó en el mundo para él.

No quería vivir más, temblaría ante la vida y el dolor lo acompañaría siempre; eran sus consideraciones cuando mudo y lloroso volvía la cara á la vida y la encontraba árida y triste, con penas y dolores y en medio á tan inmenso desierto, sola é infeliz á la mujer que engañó.

Un movimiento nervioso le sacudía, después de recorrer el mundo rápidamente, volvía su locura y entraba de nuevo á ser víctima de la lucha que incesantemente mantenían la vida y la muerte.

No, no, se decía . . . es preciso, adios, Leona, adios, mundo vil . . . adios!

Hoy que he aceptado la muerte, siento latir

mi pecho con fuerza, como si la inmensidad de aquel amor, se hubiera callado en mi alma, para despertar en el umbral de la tumba.

Mas ay! . . . se callará de nuevo y eternamente . . . ¿quién sabe el misterio, quien ha descubierto y sondeado ese más allá, terrible y cruel para unos, halagador y risueño para otros? . . .

Tal vez mi espíritu rompiendo las cadenas de la vida, aspirando ser independiente, ser libre, no tener mas accion ni mas voluntad que la de él, al tocar la puerta de la otra vida, esta se abrirá, y será el amor entonces quien lo conduzca al infinito de la vida y de la verdadera passion; y allí la amaré, y allí no seré cruel! . . .

¡Oh! sí, morir es mi crimen espantoso, pero moriré, por fin el alma que en tanto ha luchado, que tanto se ha fatigado en vano, irá veloz huyendo de este mundo y pidiendo abrigo para sus miserias en otro de eterna felicidad.

Pobre Leona . . . leerá mi carta, quizá en estos momentos sus lágrimas nublen sus ojos y no la permitirán ver mis líneas.

Leona, Leona mia, en mi muerte creo darte tranquilidad y espero encontrarlo yo.

Tanto me han dicho tus oraciones, que la esperanza de ellas, me reanima para morir, ellas

cuanto te han dicho del cielo y como han consolado tu alma!

Leona, muero olvidando tus amores, separando de ti mi vida; muero quizá despreciándote; ó ¿es amor el que te guardo cuando así dejo la vida por ir á donde van tus plegarias y tus lágrimas?

Perdon! perdon! tus preces son celestiales!.....
Adios, no me perdones, pero no me olvides!.....

XIV

La desdichada Leona ante el retrato de su bien amado y ante un mundo de ilusiones muertas y marchitadas flores, lloraba; siempre llorando infeliz!

Entre sus manos tenia la imágen de aquel hombre que en esos momentos mismos decia su adios, aceptando la muerte y olvidando la virtud.

Imágen para ella encantadora, de bellísimos recuerdos que aún la halagan y consuelan su desgracia; ilusiones nacidas de una fé sincera evaporadas despues y desvanecidas; alma del alma de aquel hombre que en imágen se estremecía al contacto de esas lágrimas que al caer de esos ojos divinos rodaban por el lienzo e iban despues en hielo convertidas á caer al corazon de él, que en tanto lloraba y se despedia del mundo,

en el mismo sitio donde el mundo con sus encantos le ofreció felicidad.

Por qué?..decia Leon, por qué me olvidas, bien mio, por qué no te dueles de esta muger que tanto te ama, llorando siempre por tu amor?..

Te perdono mi bien, sí, te perdono, lloraré y rogaré por tí.

Estas palabras pronunciadas cuando él lejos de ella la pedia perdon, pronunciadas con la misma fé, cubiertas y ahogadas en lágrimas, fueron de aquellas dos almas, la última palabra, la última esperanza, el último beso.

El desde el jardin pidiendola perdon, mandaba su alma.

Ella desde el altar, viendo su imágen, sufriendo mucho y amándolo mas, le perdonaba su olvido y mandaba en el perdon su alma.

Almas partidas de dos seres, una que ama, sufre y perdona; otra que olvida, dá su adios y pide perdon.

Esas almas estrechándose en el espacio de amor, allí una pidiendo y la otra perdonando, allí una amando, la otra dando su adios, se encontraron por la vez última, enlazadas y palpitantes.

Pobre Leona...¿quién la iba á decir que él se despedia para siempre de ella?.....

Y anegada en llanto, entre sollozos tristes y entrecortados por sus palabras; con miradas de ángel, miraba y besaba sin cesar, la imagen de aquel que la engañó.

Y como si no tuviera otra esperanza que el verlo en el cielo, en esa mansion de las almas buenas y enamoradas, llorando pedia á Dios que, cuanto antes ambos se murieran.

¡Qué lejos estaba de lo que él meditaba!

Qué tristes lágrimas se le esperan, arrepentida de haber pedido en su oracion la muerte, tendrá para lo que le resta de vida un remordimiento terrible.

Inocente, pedia con su alma la tranquilidad de ella y la restauracion de la de él.

Leona! Leona! tu amor, tu inmenso amor, tan inocente, tan puro, tan bello, abre una sepultura.

Que léjos estas de la culpa y sin embargo, alguien te culpará.

XV

A la mañana siguiente el sol que alumbró alguna vez la entrevista de amor y de felicidad; alumbró en el mismo lugar un cadáver.

¡Horror cielo de pasión! horror, ventura desvanecida.

Una lágrima en sus pupilas se asomó, una sonrisa en sus labios se plegó.

“La lágrima:” adios, Leona, te dejo sola y triste.

“La sonrisa:” adios, mundo, me odiaste y te desprecié.

El mundo lo miró muerto, la sociedad se sintió conmovida y lo despreció. . . . era muerto, pero era suicida.

Leona en esos momentos leía la carta, aún palpitaban sobre ella los besos que él, ardiente

y loco imprimió en sus renglones, aún vacilaba la última gota de su llanto, llanto arrancado á la fuerza intensa del dolor y á la inmensa pesadumbre de abandonarla.

Ansiosa y palpitante, recorría unas tras otras las frases de aquella carta, su semblante se demudaba, su respiracion se callaba. . . . su alma sufría.

Instante supremo de crueles agonías, en el que apuraba todo un siglo de terribles sufrimientos.

¡Corre! corre ángel de aquel sueño que lo adormeció entre tus brazos, arrullado por tu amor; corre á salvarlo. . . . mas ay! era inútil, su cuerpo inerte y frío, yacía tendido en el suelo.

No había esperanza; para siempre en la vida mi ventura huyó, triste exclamó al concluir la lectura de la carta.

Y lloraba y se destrozaba su alma, todo era poco, los gritos ahogados largo tiempo en su pecho, levantados al infinito que la miraba, eran insonoros y ténues para explicar la inmensidad de su amargura.

Iba y venía; corría de flor en flor; lo llamaba, lo perdonaba. . . . lo adoraba! recriminaba al cielo, se reprehendía á sí misma, se destrozaba la

ropa, y se aniquilaba entre suspiros, lágrimas tristes y latidos apresurados, en el corazón.

No había remedio, decía, muerto!... suicidado, por mí, Señor, por mi dolor, por estas lágrimas, perdónale su crimen, perdónale que te haya desconocido; yo ante el mundo lo vindicaré, justa es su indignación contra él, y siento que mis lágrimas ni mi dolor, ni mi misma muerte lavarán, esa sangre criminal arrojada á la sociedad; perdon, perdon para él.

XVI

Lance fatal! apurar en una carta todo el porvenir de un dolor inmenso!

Un movimiento secreto hizo que Leona se dirigiera á su jardín, allí las flores le hablaban de amor, allí los pájaros cantaban felicidad, allí el lago donde ella muchas veces retrataba su semblante y se estremecía, cadencioso le hablaba de él.

Amaba á su jardín con sus flores y su lago limpio y sereno, porque toda esa naturaleza le hablaban de amor y le representaba al hombre que la olvidó y que hoy se suicida.

El lago, mas limpio que ninguna vez, retrataba en este dia fatal sus aguas cristalinas; el puro azul del cielo, sus olas se movian y murmura-

ban con dulzura cuando la brisa juguetona la besaba tiernamente.

Movidas las flores, gentiles se columpiaban en sus tallos, y en cada vaiven, en cada choque de la flor contra la hoja, mil suspiros de melancólica pasion de entre ellas brotaban.

Todo estaba bello, contraste terrible entre su alma y la naturaleza.

Descompuesto el semblante, llorosa y con aquella carta, agonía de su amante en las manos, fué al jardin, su mirada vaga, recorria todos los tallos, arrancaba despues las flores y las tiraba; el suelo las recibia y el viento las arrebatava; hermosas flores; que ella con tanto esmero cuidó, hoy las arranca, las destroza y las desprecia.

De vez en cuando se sonrie, ora arranca una violeta y cuidadosa la pone en su falda, ora una rosa blanca, y en distintos tallos corta y de distintas flores forma un grupo; las mira con ternura, suspira triste y llora sobre ellas.

Ultimas gotas de rocío que aquellas flores recibieron, no del cielo, sino de una alma que gime y se destroza.

Presurosa corre al lago, se asoma á él, su pálido semblante se retrata en el cristal de sus tranquilas aguas.... perdon!.... perdon, ex-

clama con todo el corazón; ¡adios, mis flores!
adios, mi bien!

Viene la corriente en esos momentos, la calma del lago se inquieta, el agua se enturbia y no se vé mas en aquel espejo; todo es confuso, todo huye de su vista y se pierde y se desvanece

Confusa también su alma, suelta las flores que en su falda tenía, las flores que él la dió, las flores que ella tanto amó y cuidó la corriente en sus giros las envuelve, las arrastra y las lleva lejos, después las pierde, las confunde en el lodo que arrastra, las destroza y las olvida!

Adios, flores del alma, adios perfumes que mezclé con mis lágrimas y oraciones, para subir al cielo: adios! perdóname, Dios mío! perdóname mi bien y llévame, Señor, como se llevan mi flores y mis amores, la muerte y la corriente!

Así dijo cayendo al suelo, anegada en lágrimas, y tanto agotó su llanto y su dolor, que sus ojos se secaron y su alma no tuvo mas que decir

¡Que triste es para mí un amor perdido, ver agotadas las lágrimas; que triste es sufrir mucho,

sin tener en el mundo á quien decirle sus dolores!

Pobre Leona, que ahogó para siempre su dolor al comprender que todo en la vida lo perdió, qué tristes dias se le esperan, como va á sufrir!

Pero hay almas que son tan superiores, que ni el peso del dolor, ni la terrible idea del sufrimiento las acobarda.

Leona era una alma, llena de amor infinito, y ese amor en ella, creaba dulces esperanzas; el dolor y el sufrimiento los abrigaría contenta, siempre que el alma de ese hombre desgraciado, viviera en el cielo para ella.

XIV

Al otro día un cortejo fúnebre y silencioso acompañaban á la última morada de la vida al cadáver de un suicida.

Todos callaban y muchos de ellos lloraban; el muerto era una esperanza desvanecida, era una joya que cayó al lodo y en su fango se perdió.

Sobre el féretro se colocó una lira enlutada, y unos sobre otros amontonados, secos laureles al viento abandonados!

Léjos, allá! abierta una sepultura, dentro de ella la eternidad abierta y señalada por el crimen.

Llegan y cuidadosamente ponen la caja que guardaba el cadáver, á la orilla de esa puerta

que abierta por la misma mano hace temblar y horrorizar.

Un rumor, rumor confuso y triste como el producido por el viento cuando arrastra en su torbellino multitud de hojas secas, se hizo oír; todos callaron, el último adios se suspendió.

Una mujer pálida y flaca, triste como la última agonía de un moribundo, agitada como la convulsión del que se ahoga, llega corriendo, entre la gente se desliza con ira, con afán, con desprecio.

Dónde . . . dónde estas, bien mio? gritaba frenética y apasionada; sus ojos brillantes y vagos se fijan en una caja que, la dice; aquí está! . . .

Un momento se detiene, vacila, reúne en su pecho todo el dolor posible y exhala un grito desgarrador que se repercute en cada pecho y se escucha después como un eco, en el susurro de la brisa y en el azote de hojas contra hojas de los árboles.

Es ella! Leona que va á la puerta de la eternidad buscando en su inmensidad, alivio y descanso para el alma del que la olvidó.

Cuánta abnegación en esa alma pura, cuánto amor en ese corazón amante, que ni piensa en el crimen del hombre, ni vé en su porvenir las manchas que caerán sobre su vida.

Mundo! compadece á Leona, la amante tierna y desgraciada; perdona el crimen, aunque nunca lo aceptes ni lo olvides!

.....

.....

Ansiosa y trémula, levanta la tapa de aquel cajon que guardaba la reliquia mas valiosa para su vida, á sus esfuerzos cede la tapa.... ¿qué idioma habrá para pintar la agonía de ese corazon, para describir ese mundo de ternuras y de congojas, de suspiros y exclamaciones?....

Un paño blanco cubria el rostro del cadáver, lo levanta y á sus lábios se acerca: ¡mi bien, mi vida, mi amor, decia imprimiendo sus besos en el rostro, te perdono y rogaré por tí.

Todos callan entretanto, á todos los ojos los cubren lágrimas y en todos los semblantes se comprende el dolor.

Despues se inclinó ante el cadáver, se contentó con besar la frente fria de su amante y largo tiempo permaneció así, sin exhalar una queja, sin verter una lágrima; solo confundiendo sus besos con el vapor venenoso que los lábios de él aun exhalaban.

Besos últimos, sacrificios postreros que por aquel que amó en la vida y lo seguirá amando

en la muerte, gustosa y enamorada húaia ante su cadáver.

Mucho tiempo así, ella teniendo la cara de él entre sus manos, conformóndose con cubrirla de besos y de las caricias mas dulces de un amor puro, ahogó para siempre en su corazón, toda manifestacion de dolor y allí refundió todo lo que sufrió, lo que sufría y lo que le restaba sufrir.

Adios! fué su última palabra! su última agonía; una lágrima!

Abandonó el cadáver, levantó al cielo la faz miró asombrada y palpitante á su alrededor, como si preguntara á cada quien, que causa los llevaba á ese lugar donde la verdadera vida empieza.

De improviso lanzó un grito fuerte, llevó sus manos al pecho y una horrible y prolongada carcajada brotó de sus lábios, exclamando espantada: ¡huid sombras, huid..... no me quiteis la vida, dejadme, dejadme por Dios!

Loca, loca está, el cortejo murmuró!

Frenética, se lanza sobre ellos, desgarrándose la ropa y gritando con espanto; huid!.... el se fué.... adios, mi bien.... sombras, sombras crueles..... mis flores, mis ilusiones.....

huid.... mi amor.... adios!.... No las tron-
chsis, dejadlas, por Dios..... y prorumpió
despues en risa huyendo de ese lugar donde de-
jó su felicidad y su esperanza sepultadas juntas
con el hombre que tanto amó.

XVIII

Desde aquel día, loca la llaman, sus delirios de amor y sus sonrisas cuando mira al cielo, son otras tantas causas para condenarla.

Ya no llora, se decían, el amor aquel que tanto la hacía padecer; lejos del hombre amado, la procuran hoy risas; mas está loca, decían otros, y la demencia es incomprendible.

Es cierto, no lloraba mas, sus ojos se habían cerrado para el llanto, sus labios se habían abierto para sonreír, su mente ardía en una hoguera de ideas extrañas y diversas; se divertía en las noches serenas, en ver brillar en el cielo las estrellas, sus cintilleos la absorbían y cuando alguna vez un meteoro se desprendía cruzando rápidamente el espacio, exhalaba un suspiro y ansiosa lo seguía con la vista hasta perderlo....

y así es la vida, decía: meteoro que cruza un momento el espacio de la vida, despues se pierde en la oscuridad del abismo!

Leona habia llorado mucho, sus lágrimas agotadas por tanto dolor; ya no surcaban aquel semblante pálido y descompuesto.

En cada dia, mas y mas se acercaba al término de su vida, débil y cadavérico parecia que su físico se consumia para hacer tanto mas grande su espíritu.

Y como si no cupiera en ella misma, porque veia miserable su cuerpo para contenerlo; en las noches, sola y enamorada, mandaba al cielo sus quejas y sus gemidos, como si quisiera tambien hacer del infinito su alma y su alma tan grande como él; solo así se consolaba: exhalaba un ay! y en su éxtasis lo oia resonar hendiendo la atmósfera y llenándola de duelo: solo allí cabe mi angustia, solo en esta inmensidad siento mi alma consuelo.

¿Para qué decir mis dolores al mundo, si el mundo es poco y miserable? si en él, mis quejas no tienen eco y mis dolores los burla y los llama locos?

Solo en tu espacio azul, bóveda inmensa, puedes guardar mi dolor, porque inmenso es, como tu infinito.

¿Para qué llorar más si no tengo en la vida,
más de una sepultura y un infinito?

¿Qué le importan al mundo mis dolores?....

Y en las mañanas vá al jardín la pobre Leo-
na, ni una flor, todas las tronchó su mano!....

¿Para qué quería flores si sus amores los ha-
bia perdido?

Los tallos iban secándose, les faltaba el culti-
vo, poco á poco las verdes hojas en secas torna-
das, cayéndose iban para rodar despues por el
suelo.

Ella las tocaba, las miraba despues y se son-
reia!

Así es mi vida!..... yo tuve flores en ella,
hoy tengo dolor y cequedad; y al decirlo, presu-
rosa corria sobre el césped é iba y se asomaba
al lago, se veia, y exclamaba: sí, pobre de mí
pobres de mis flores!.....

Yo como tú, lago tranquilo, sentí mi vida
dealizarse ufana y tranquila; yo como tú, tuve el
cristal diáfano del amor: retraté como ahora tú,
al cielo que me contempló feliz, y tuve en mis
miradas rayos de alegría y tuve en mis lábios
fuego, en mis sonrisas amor: ojalá que nunca esta
agua limpia que, retrató alguna vez mi hermo-
sura cuando fuí dichosa, como hoy reproduce mi
calavérico semblante, no llegue á enturbiarse

jamás, por las arenas que arrastra en su corriente el río.

¡Oh sueño mio, dulce inspiracion de una alma cansada ansiando su descanso léjos del mundo... déjame, déjame sola y dáme fuerzas solamente para soportar el resto de mi vida que aún me falta.....

.....
Y despues de así hablar, exclamaba: huid, sombras!..... él!..... adios! mis flores, mis amores.... huid, no me destrozéis, perdon.... perdon, Dios mio!....

Y corria de uno á otro lado, chispeante la mirada, riendo estrepitosamente á carcajadas; se detenía en su carrera y el eco de sus rísas se producía..... ¡oyes, espíritu mio, oyes como el placer tiene eco y como la risa en el espacio repercute?.....

¿Irán á decirle que estoy feliz, porque pronto me uniré con él? sí, sí; pronto, bien mio, contigo me uniré, por eso río, quiero que lo sepas, cuando alguna vez exhalo un ay! en el te mando la agonía que en cada dia tengo, al sentir de la muerte sus pasos.

Y concluía estas frases, tronchando y deshojando una flor por completo, arrojándola despues hecha polvo, al lago que, murmurante y

bello, dejaba deslizar su corriente sobre el césped del jardin.

Un momento las contemplaba absorta..... se perdian muy pronto..... se reia..... enmudecia despues y exclamaba palpitante y triste: huid, sombras!..... él se fué; adios, flores; adios, amor de mi vida!.....

XIX

Trémula aún de emoción y con la mirada incierta, pálida y convulsa, entraba precipitadamente á su alcoba, dirigiéndose al momento hácia un pequeño altar, donde veneraba dos imágenes.

Comenzaba hablando palabras tiernas de amor, palabras otra vez dichas en momentos de felicidad para ella, palabras que en horas como estas de dolor, ella las traía á su mente, las repetía delante de la imagen que tanto adoró y gozaba con decir las y gozaba con recordarlas.

Un momento después cubría su rostro entre sus manos blancas, permanecía así largo tiempo y comenzaba después sus oraciones, dirigiéndose á la imagen de Dios.

Bella Leona! trasportando su alma á

regiones superiores, con un recuerdo de amor y con una meditacion!

Mujer sublime que el mundo no comprende, porque él, es estúpido al llamarla loca.

Loca! sí, loca suprema que así hablas de amor con él, y ni piensas que está muerto, ni crees que es esta la vida que palpita en las almas superiores.

Vive, vive Leona sufrida, tu alma engrandeciéndose, vá avanzando en cada dia mundos desconocidos; y á medida que encuentra grande ese infinito, á la vista y al sentimiento vulgar tan limitado; tú haces grande tu alma y has perdido del mundo vil, su miserable existencia; y el mundo no te comprende, porque la miseria no comprende la grandeza: te llama loca y tú te ries....

Sigue, Leona, que la vida por tu alma aspirada, no está en el fango mundanal, está muy lejos de aquí, no todos la alcanzan, no todos sienten la delicadeza de ese perfume y por eso no creen que exista y lo burlan.

XXI

Ayer! . . . oh triste realidad, ayer sonreía la dicha, hoy nos burla!

Leona lo sentía y despreciaba al mundo puesto que sentía al mismo tiempo, que este mundo era poco para contenerla.

Visitaba al caer el sol, la tumba donde los restos de su amado descansaban; la melancolía de la tarde ofrecía para la angustiada alma de Leona, mirajes espléndidos, que ella penetraba hasta alcanzar la soñada felicidad: . . . y solo en la tumba se decía, está la paz anhelada, la vida cierta, y la dicha embriagadora.

Los postrimeros rayos del sol, temblando caían sobre aquella losa, que no tenía inscripción alguna, por que nadie más de Leona necesitaba saber, quién bajo de ella reposaba.

Ella la llevaba grabada con caracteres negros en su alma.

En su jardín destrozaba las flores; en la tumba de aquel sér desgraciado, las cultivaba, cuidándolas con afán.

En torno de su sepulcro habia plantado violetas, como manifestacion de un amor puro y sencillo, como el perfume de ellas.

Una cruz, que se alzaba desde el fondo de su sepulcro como una plegaria y una esperanza, levantadas hácia el cielo, como la fé inmortal de sus creencias: una corona de siempreviva coronaba á la cruz, como las coronas del martirio, coronaban su frente y por las que con toda su fe, pedia al cielo recompensa.

Sepultura callada! . . . solo teniendo eco para este amor y para las palabras de una mujer que, triste y melancólica iba á pronunciar por la tarde, cuando la noche estendiendo su negro manto, callaba el bullicio del mundo y despertaba en el alma los sentimientos secretos, bellos y apasionados, que se aduermen durante el dia.

Ella procuraba ocultar su dolor y feliz se miraba, cuando loca la llamaban.

Una cruz, una tumba, las flores, su alma y el cielo, eran los horizontes, era la única felicidad que tenia en la vida.

Cuidadosa y con respeto, de flor en flor iban sus lábios besando las corolas, mandando en cada beso con el perfume de la violeta, la aspiración de lo puro y noble.

No lloraba como otras veces, sentía que aquellas flores nacidas en el sepulcro de su amado, mandaban sus perfumes hasta el cielo, como una plegaria, como un tributo de verdadero amor; y ella adorando todo lo que por él, rogara y elevara nobles aspiraciones, sellaba con sus besos esas flores, por que acaso sus lágrimas quemarían los cálices y las marchitaria.

Arrodillada ante la tumba, sus manos pálidas y trémulas, entresacaban del follaje las hojas secas que el viento arrastraba ó las que el seco árbol dejaba caer.

Sus ojos clavados en la cruz, como si viera revivir en ella, la esperanza que mucho tiempo la alumbró cuando al lado de su amante se encontró feliz; suspiraba de vez en vez, besaba las flores, murmuraba palabras tiernas y sonreía despues.

¡Quizá vendrá el alma de ese sér desgraciado, á voltear sobre las flores, para aspirar en sus perfumes, la esencia pura de los besos con que ella las sellaba.

Quizá llamado con tanta fé; su alma vendria á recoger esas plegarias, para vindicar su culpa!

Quién sabe si el espíritu de Leona, en horas tan dulces, como las de la tarde al ponerse el sol; caminando trás de él en pos de su luz, irá tambien habitando mundos desconocidos, donde pueda dilatarse en placer para olvidar este mundo!

La frescura de la tarde, el sol que muere, las violetas que se estremecen y suspiran, la tumba del sér querido, el canto arrullador de la paloma, la idea del infinito estendiéndose sobre el alma para hacerla grande como él, cuánto hablaban á Leona que sabia olvidar su dolor, al sentirse acariciada por la vida eterna que, ya la llamaba, haciéndose avisar en ella por el mal físico que crecia de dia en dia.

XXI

Esperanza de un cielo de ventura creaba solitaria ante la tumba esa alma grande que afronta de una manera tan sublime, tan original el dolor mas fuerte para el corazon enamorado.

Y el mundo la desprecia llamándola loca! . . . sin comprender que esa alma presta á subir y á elevarse, lo mismo con el perfume de una flor como con la esperanza de la oracion; vá con aliento supremo y sin fatigarse nunca, rompiendo las densas nubes de la vida mundanal y abarcando gigante con sus alas toda la creacion, la mas bella, la mas tierna y sublime; vá creciendo como en el mar crece la ola que empieza pequeña en la playa y se hace grande en la extension.

Y esta alma grande y fuerte, estaba encarce-

lada en una materia miserable y despreciable ya, por la fuerza del dolor que la habia consumido y marchitado en su mas bella lozanía.

Cuerpo flaco y débil, semblante pálido y rugado, ojos sin brillo y hundidos, labios sin color, frente mustia; ser que fué en otro tiempo bello y seductor encerrando una alma enamorada pero en el amor de un hombre concretado.

Hoy grande y bella alma encerrada en ese cuerpo, pero abarcando con sus gigantes vuelos la delicia que se experimenta, cuando el alma aún encarcelada puede abarcar con miradas hundidas y sin brillo mundos velados en otra vez; abarcar en una sonrisa de labios pálidos la acogida tierna que la naturaleza entera prodiga y puede en fin comprender que, la vida: es una cadena de dolores y un lugar en donde solo se para el alma para sufrir y llorar!.....

La enferma Leona tenia ya para su espíritu el vuelo y la vasta extension donde habitar; abandonaba por completo su físico, pues bien sabia era ya impotente para reservar por mas tiempo su alma.

Amaba por consiguiente á la muerte, la amaba con esa tranquilidad de todo el que espera ver en la puerta de la eternidad, la vida llena

de armonía, la vida contemplativa, tranquila y dulce; la felicidad apreciada y valorizada.

Y á medida que lo comprendía, á medida que sentía palpar esa vida en su alma grande, sonreía con la dulce y lisonjera esperanza de estar muy pronto en ella.

Abandonó desde luego todo cuidado, se entregaba á alimentar su alma y descuidaba su físico; y esa costumbre de estar soñando y de habitar de antemano mundos de superior brillo, hacía que olvidara éste, de donde era pasajera, en donde había sufrido mucho por ganarse aquel que, sin habitarlo, ya sentía sus delicias, ya lo clamaba.

Entrada la noche, sus últimos delirios eran: una mirada tierna á las flores, un suspiro al contemplar esa tumba callada, pero hablándole á ella con esperanzas; se retiraba pausadamente, ora viendo á las estrellas, ora murmurando palabras de amor que aun sonaban en sus oídos, como la primera vez que el hombre al lado de ella pronunció.

Callada y misteriosa! con un sufrimiento que habla en su semblante, aquella mujer hermosa, la pobre Leona que tanto el mundo admiró y codició, la mujer de pasión de fuego, de grandes sentimientos, de miradas que em-

briagaban, de sonrisas que estremecían; miradla ahora, triste y pálida, ni sombra de lo que fué, callada siempre, sin quejas, sin llanto, sin nada que haga comprender al mundo su dolor, no obstante que el cielo lo conoce y lo estima.

Así y sin comprenderlo ella misma, iba después de visitar la tumba al jardín de sus amores, al mismo sitio en donde fué feliz en el mundo; allí donde él, sin fé, sin esperanza, se desplomó al abismo, dejando una huella manchada con el crimen y que ella trataba de lavar con sus dolores y su fé.

Todo lo encontraba triste, aquellos sitios en donde ella hacia del alma de un hombre la suya propia, allí en donde hablaban de amor, en donde los pájaros los entendían, los árboles armonizaban sus palabras con el susurro de sus hojas y la naturaleza los convidaba; allí en donde creyó encontrar la felicidad que más tarde la abandonó viéndola perder en el mar tempestuoso de sus dolores, como se pierde en el Océano la gaviota débil; allí, ay! todo estaba solo y triste.

El terror de esa soledad y en esas horas, removía por completo todo su ser, mil pensamientos cruzaban por su mente, escuchaba mil voces, música, alegría, quejas y dolorosos ayes, y entre este murmullo aterrador, que la absorbía,

de improviso escuchaba, ténue y lastimero el ay! de un moribundo volvía la cara, un suspiro se escapaba de su pecho, lágrimas abrasadoras se asomaban en sus ojos, las enjugaba presta y luego sonriendo, corría veloz, exclamando siempre . . . Huid, sombras . . . huid . . . no me destroceis . . . él se fué . . . adios! . . . adios, mis flores! . . . adios! . . .

XXII

Errante como un peregrino, vagaba por el mundo; se habia creado una nueva vida y ya en la tierra se consideraba inútil.

Cuidadosa habia hecho cavar una sepultura junto á la de su amante, gczaba contemplando su lecho funerario y ánimo grand. se daba para seguir su jornada y concluirla cuanto ántes.

Como el jornalero que durante el dia ha trabajado y se encuentra fatigado y vá despues de la noche buscando en su hogar el abrigo y el lecho para descansar; así Leona en el hogar tranquilo de la muerte, esperaba su abrigo y buscaba su reposo.

¡Cuán dulce! se decia, es reposar bajo la tier.

ra con la tranquilidad del silencio eterno; ¡cuán grato es para el corazón que ambiciona esa paz, ir á dormir el sueño eterno; junto al ser que hizo crear en nuestra mente la alta idea de lo infinito y formó en nuestro pecho el sacro sentimiento del amor!

Lecho nupcial cuyos amores son infinitos, porque en él, empieza la vida de amor verdadero y la eterna union de dos almas que, en el mundo solo bastó una mirada para comprenderse.

La muerte llega, sus pisadas huecas las escucha mi alma, con la satisfaccion del niño que espera sonriente la hora en que ha de llegar su madre para despertarlo y convidarlo al juego y al placer inocente.

Y así como el niño hace del juego su mas rica y encantada vida, la que le trae los encantos del cielo, la que hace de su inocencia un mundo de ternuras y de verdaderos sentimientos, la que hace que sienta en su virtud la realidad de una vida superior; así yo, al acercarse la muerte, me estremezco llena de júbilo, como si niña oyera los pasos de mi madre que viene por mí, para llevarme al jardín florido de la verdad, á jugar con los ángeles y á vivir en esa vida que siento palpar en mi alma.

Todo lo del mundo ha pasado para mí, la mi-

sion de llanto está concluida, mi camino de abrojos está andado; y si como es cierto despues de sufrir y llorar mucho la jornada concluye; yo que tanto he padecido, que se han agotado mis lágrimas, debo haber terminado el camino que la vida en el mundo me marcó.

Y si esta esperanza no acompañara al caminante, cuanto mas de punzantes serian las espinas, cuanto mas, nos harian llorar lágrimas cuyo peso y sufrimiento el mundo aun no conoce.

Si la diosa hermana de la fé y de la caridad no nos diera á beber de su licor encantado, si no perfumara nuestra senda con las flores que en su mano tiene; ay! la vida cruel. mucho mas cruel seria!

Por eso el que sufre en la vida agotando de su alma los sacrificios, despues de haber padecido todos los dolores, espera con calma y lleno de fé, á la muerte que viene, para cortar el hilo que sujeta al mundo la existencia.

Por eso esta calma que en mi ser no habia cuando pasaba por el mundo, hoy me anima para esperar tranquila la muerte.

¡Dichoso el que despues de las tempestades de la vida, siente en su alma la tranquilidad, di-

choso el que sufre mucho y sabe con fé soportar el dolor y sabe esperar el premio á tanto afán.

Dichoso el que cree y ama en la vida, que al llegar la muerte, su anuncio es para el alma un consuelo y no un temor mezquino.

Sufrir, ver de contínuo el corazon hecho pedazos, sin lágrimas, con dolores y sin nadie en la vida que entienda el sufrimiento Ay, Dios mio, sí, llámame á tu seno!

XXIII

De dia en dia, Leona pensaba mas en la muerte; como ella decia, la sentia venir.

En almas como la de ella, vivientes para otro mundo, la muerte se hace sentir y á medida que cede la vida á su fuerza, crece el espíritu para abarcarla y despreciarla despues.

Enferma y triste, sus miradas no reflejaban el esplendor y grandeza de su alma; sus labios balbucientes no daban ya ni la forma á la palabra, ni el brillo á la sonrisa.

La sociedad algunas veces cruel, como noble otras, se condolia de esa mujer, joya que fué de las mas brillantes y valiosas.

Alguna vez la despreció y acriminó, cuando la sociedad la miraba encadenada en la vulgaridad del amor.

Ahora que no la comprende, puesto que Leona está mas alta y no la pueden alcanzar los miasmas sociales, ahora que la sociedad vé perderse en esa mujer una riqueza, que se vé impotente para salvarla, es cuando trata de poner los medios para ello.

Inútiles esfuerzos, tú la condenaste, la llamaste loca y la despreciaste no hallarás remedio, el mayor desprecio del cielo, es dejarte los temores y lanzarte á la cara como un oprobio y como remordimiento, el cuerpo inerte, flaco y frio de la mujer que al quererla humillar con tu desprecio, ella se supo alzar sobre tí, mas alto de lo que puedas tú con tus vanidades y riquezas elevar al hombre.

XXIV

Leona se moría y ansiaba cuanto antes su partida.

Los últimos días, fueron crueles, como si la vida al concluir, se gozara en arrancar de este ser desgraciado, una por una de las galanuras con las que en otro tiempo la embelleció.

Nada temía, porque todo eso que esperaba mas allá, era bueno y eterno.

Unos días fueron suficientes para postrarla en cama y para que la muerte llegara por ella, con mas tranquilidad.

Enferma y pálida, con voz balbuciente pero divina, rogaba á quienes rodeaban su lecho, le llevaran un cricifijo y un retrato; últimos amo-

res en el mundo tenidos, pero que iban despues como una parvada de canoros pájaros á salir de la cárcel y á entonar sus cánticos de amor en el espacio anchuroso de la eternidad.

Sin cesar rogaba que la sepultaran junto á aquel ser para ella tan amado; la tranquilidad de la dicha se retrataba en su semblante pálido, sus miradas de continuo dirigidas con una dulce melancolía hácia el retrato, eran los últimos brillos de un fuego que solo se extingue un momento, pero que revive y se acrecenta mas, cuando libre el alma, foco de ese fuego, el aire de la eternidad lo aviva y lo mantiene ardoroso.

Conociendo que su fin llegaba, toda aquella razon perdida le vino, como para que pudiera contemplar con verdad, el cuadro que se la ofrecia á la vista, y la puerta de la nueva vida abierta para esperarla.

Todos lloraban, todos prontos y sumisos socorrian á la mujer mas desgraciada, sin comprender en esa muerte una sublimidad.

Superioridad que ella conocia en esos momentos, por la que con dulzura llena de encanto, pronunció palabras de consuelo y de cariño, palabras que su alma derramaba con una tranquilidad heroica, sobre las almas de los que sufrían

á medida que los álitos de vida en el semblante de Leona se perdian.

Su voz firme y clara pronunciaba estas palabras, sonriendo á la vez con una dulzura encantadora, como todo el que vé en la muerte una vida eterna y se despide de la vida amarga y triste, con placer y entusiasmo.

Llegaba, llegaba la hora y Leona mas que nunca consolaba á los que la cuidaban, les daba ánimo esperanzándolas para la otra vida

.

.

Un ay! no triste, no doloroso, sino alegre, distinto al de aquel que no quiere morir y teme la muerte, exhaló Leona, su semblante se animó, sus bellos ojos tomaron un brillo divino, sus mustios labios se enrojecieron y la vida al parecer pareció triunfar de la muerte.

Violenta y vigorosa tomó el crucifijo, lo vé, le sonrió, lo besa y lo estrecha contra su pecho; despues toma el retrato, mil frases apenas inteligibles murmura con pasion, miradas dulces, besos puros ante el retrato su alma prodigaba.

El color de improviso cambia, el retrato y el Cristo de sus manos se caen.

¡Adios, mi bien! Adios, mundo, perdóname; la muerte es mi vindicacion, perdóname.

me!..... ¡flores que amé, mañana en mi tumba vuestros perfumes al cielo subirán como la plegaria que por mí dejo en el mundo sembrada, sí, adios! adios!..... no lloreis, perdonad mi desventura!..... soy feliz..... adios..... ah!..... espérame.....

Su cuerpo se desplomó; como el ave herida al sentir la muerte, declina su vuelo y cae tristemente sobre la tierra.

Ni una queja mas!..... la muerte bajo su manto la cubrió, dejando antes aparecer en sus labios entreabiertos una sonrisa angelical y en sus ojos una mirada de esperanza en el cielo.

XXV

Murió amando y vivió para amar la mujer que el mundo llamó Leona.

Toda la naturaleza pareció llorar en ese día; la sociedad se sintió conmovida y triste, la lloró y la acompañó á su última morada en la tierra.

Para ella hubo sentimiento, dolor y lágrimas; vivió feliz con un amor desgraciado, con un amor que la hizo comprender otra vida superior y soportó con placer todos los sufrimientos posibles en una alma que cruza el sendero de la vida sobre espinas.

Para ese hombre que la engañó y en su perfidia la hizo grande, para ese hombre que olvi.

dó el deber de la vida, que se hastió y murió sin fé; hay un desprecio palpitante de la sociedad, juez inexorable de las acciones humanas en la tierra.

Ella lo amó y como este amor en Leona era infinito y bueno, lo perdonó sin embargo de conocer su crimen.

La miseria del alma, es perdonable por seres de tan bellos y tan ricos sentimientos como Leona.

Ella murió con fé sufriendo y llorando, amando y perdonando; la muerte bajo su manto la abrigó.

El, murió hastiado, sin fé, sin amor, despreciando y olvidando; él, abrigó con el crimen á la muerte.

De estos dos seres, la memoria de Leona se recuerda con lágrimas; flor cuyo perfume celestial, ha quedado en la atmósfera y vive en cada pecho y se admira en la virtud y en la abnegación: la memoria de él, es negra y triste, fué de un día, no se le ama, se le compadece y al recordar su muerte el pecho se entristece y la sana razón reprueba.

Leona fué el amor y el amor no muere, por eso vive en cada alma, en toda la naturaleza y en todo el infinito.

El, fué el crimen, y el crimen no se olvida
pero se perdona!

Para Leona ternura y compasion. para él per-
don!

FIN DE LA LEYENDA.

M.
Indice

Esto, lo otro y lo demas, alla
Lieber y Neftali
Composiciones a' Melaida Ristore
y a' Quintana Roo.
Virgen del Valle
Mis hijos
Avatar /
Cantares y Limerarias
Historia de un Espiritu
Leona.

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



6 3 - 3 8 5 0 9 1

BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL

COLECCION GENERAL

G 808.8 MIS.1



BIBLIOTECA NACIONAL